

Presentación

“Región y regionalismo” fue un tema discutido con intensidad en el Perú durante la década de 1920. José Carlos Mariátegui dedicó un ensayo al tema para buscar delimitar el arraigo y el impacto de los fenómenos regionales. Los antecedentes históricos y los esfuerzos descentralistas fueron reseñados por Jorge Basadre en Perú: problema y posibilidad. Emilio Romero esbozó una propuesta de organización regional del espacio peruano. Víctor Andrés Belaúnde, a la par que criticó los planteamientos de Mariátegui, ofreció también otra propuesta para la descentralización. Desde perspectivas diversas y antagónicas, estos cuatro autores coincidían en reconocer la existencia de un problema regional en el país y en criticar la organización por departamentos y provincias vigente.

Debemos, antes de continuar, establecer un distingo elemental: la región es un hecho material, resultado de un largo proceso histórico que lleva a la conformación de espacios diferenciados en el interior de un mismo país; el regionalismo es por el contrario un sentimiento, una concepción de la sociedad, una variante en la cultura del país que se define en primer lugar por oposición al Estado, al poder central. En este número de Allpachis hemos procurado reunir artículos que incidan sobre el regionalismo, ese lado subjetivo del fenómeno regional.

¿Cuál ha sido el significado del regionalismo en el proceso histórico peruano?. Emilio Romero decía en su Geografía económica del Perú que el regionalismo era un “sentimiento común a los pobladores de un área geográfica extensa”, cuyo origen estaría en pro-

blemas administrativos, sociales y políticos semejantes: un sentimiento de cohesión y oposición. ¿Qué importancia ha tenido en la historia peruana?

José Carlos Mariátegui sostuvo en 1928 que el "regionalismo no es en el Perú un movimiento, una corriente, un programa. No es sino la expresión vaga de un malestar y de un descontento". No se trata de un sentimiento persistente y reiterado en la historia republicana, capaz de generar el entusiasmo y el fervor multitudinario en cualquier período. Los momentos de auge "regionalista" podrían limitarse a tres grandes coyunturas:

A) Luego de la independencia, cuando la debilidad del Estado, las guerras internacionales y la indefinición de las fronteras permiten la aparición de movimientos separatistas en el sur, especialmente en Arequipa; en este primer momento, regionalismo se confunde con separatismo, por lo que se puede entender mejor el apoyo que la Confederación Perú-Boliviana recibe en el sur o las emotivas páginas del periódico El Yanacocha, dirigido por el Dean Valdivia. Se trata, si embargo, de una postura que compromete a ciertos caudillos, a intelectuales provincianos y al clero, pero de ninguna manera estamos ante un movimiento de masas.

B) Después de la guerra del Pacífico, el levantamiento de Nicolás de Piérola y otros caudillos del interior (Durand, Oré) contra el ejército y el militarismo encarnado en Andrés Avelino Cáceres (1895), no deja de tener un cierto aliento federalista, en la medida en que la rebeldía (las llamadas montoneras) se organizan en el interior del país, en las provincias. Surge posteriormente un fenómeno que seguirá vigente todavía en las primeras décadas del siglo XX: la identificación entre regionalismo y gamonalismo, la lucha contra Lima emprendida por los terratenientes tradicionales para mantener sus prerrogativas. De esta manera el regionalismo no fue siempre un sentimiento progresista y en algunas ocasiones pudo articularse con las corrientes más tradicionales y conservadoras.

C) Durante el oncenio (1919-1930), como resistencia ante la expansión del Estado, el crecimiento de Lima y un centralismo asfixiante, surgen diversas expresiones que reivindican y exaltan lo indígena y lo provinciano. Pero en lo fundamental se limitan a los intelectuales del sur (Arequipa, Puno y Cusco). El intento más ambicioso en favor de convertir al regionalismo en una fuerza política fue el movimiento Descentralista: alcanza una significativa representación en la Constituyente de 1931 pero su heterogeneidad condena al nuevo partido a una efímera existencia.

El regionalismo aparece —en el breve recuento que hemos ensayado— como una ideología que tuvo acogida sólo en determinados momentos y en ciertos sectores sociales: intelectuales algunas veces, terratenientes en otras. Tal vez esto ayude a entender su ambivalencia: muchas veces fue una ideología progresista pero en otras ocasiones sirvió de sustento al gamonalismo. El sentimiento regionalista tuvo —en las coyunturas señaladas— especial impacto en el sur andino. La explicación puede radicar en que, como lo señaló Mariátegui, los departamentos del sur “...constituyen la más definida y orgánica de nuestras regiones”.

De la época de Mariátegui a la actualidad, en el transcurso de estos últimos cincuenta años, el problema regional ha cambiado de contenido. El cambio más significativo podría ser que los movimientos regionales han alcanzado una dimensión masiva, comprendiendo a vastos sectores sociales y, en su posterior desarrollo, las clases populares han ido alcanzando un rol hegemónico: se pasa —como anotan Narda Henríquez y Francisco Durand— de un frente regional de clases a un frente de clases regional. La clase ocupa un lugar determinante sobre el fenómeno región.

Como en épocas anteriores la conciencia anti-Lima, la crítica al centralismo sigue estando en el eje de las luchas. Esta situación se ha acentuado como consecuencia del agobiante centralismo que padece el país desde 1968. Pero, a diferencia de otras épocas, el regionalismo se ha propalado y difundido en los más variados lugares

del país: se encuentra en Iquitos (donde existen antecedentes separatistas a principios de siglo), en Pucallpa, Ayacucho, Huaraz, Cusco, Puno y desde luego en Arequipa. De hecho, el nuevo movimiento regional se fue gestando precisamente en la ciudad de Arequipa, a partir de la década de 1950, en lucha contra el régimen odriísta (1948-1956). Baltazar Caravedo dedicó un libro al estudio de esos acontecimientos. Por estas razones en este número de Allpanchis resultaba inevitable ocuparse con cierto detenimiento de Arequipa. La presencia provinciana en los movimientos sociales contemporáneos es decisiva. Los "paros nacionales" exitosos de esta última década se fueron gestando desde el interior. El centralismo que parecía condenar a la inanición a las provincias aparece negado por estos movimientos que terminan convulsionando a todo el país.

oOo

El estudio del regionalismo no puede ser independiente del conjunto de cambios que han afectado a la sociedad peruana: el desarrollo del mercado interno es el hecho más significativo. Varios artículos reunidos en este número están dedicados a indagar por las bases materiales del fenómeno regional.

En el estudio de las regiones —permítasenos una última anotación que no deja de tener un contenido autocrítico— las investigaciones han tendido a admitir como "normal" y "lógico" el curso seguido por la historia, de manera que se ha hecho la historia de las regiones que triunfaron, las que se impusieron, las que se convirtieron en dominantes. Lo grave del asunto radica cuando similares criterios son empleados al momento de discutir una política de regionalización. Conviene recordar que al lado de las regiones triunfantes, existieron otras posibilidades, que no alcanzaron éxito y que forman parte de la historia de los vencidos: regiones que respondían a intereses de otras clases sociales. Recurramos, para explicarnos con mayor claridad a un ejemplo: Arequipa y el sur andino. La región sur aparece hegemónizada por Arequipa, a partir de la acción ar-

*ticuladora del capital comercial sobre Puno y Cusco, la ayuda del ferrocarril y el sustento en el capital británico. Pero existían otras posibilidades. Las vinculaciones entre Puno, Moquegua y Tacna eran más antiguas, se remontaban como lo ha señalado John Murra, a la época prehispánica y persistieron con gran actividad hasta principios de este siglo. De hecho, al momento de construirse el ferrocarril del sur se tuvo que debatir si era justificable un trazo que relacionaba Arequipa y el altiplano en desmedro de Moquegua y del propio Puno. En 1932 Emilio Romero, en un libro titulado **El Descentralismo**, defendió infructuosamente la carretera Ilo-Puno, que unida con el ferrocarril sumaba apenas 298 Km. frente a los 522 Km. que implicaba el ferrocarril Mollendo-Puno.*

La historia no es sólo el estudio de los proyectos o las empresas que han tenido éxito. Para comprender el problema regional hace falta pasar revista también a esas regiones que por responder a los intereses de las economías campesinas, han sido subordinadas, dominadas y ahora se pretende que sean olvidadas.

A.F.G.